

aquel dominio iría á ensanchar los vastos campos comunes de Lenfant, de Yvonnot y los demás aldeanos reconciliados. Sólo habría una tierra, una madre única, amada, cultivada por todos, sustentándolos á todos. La llanura entera de la Rumaña llegaría á ser el granero abundante de Beauclair regenerado. En cuanto á la Guerdache, pues era en totalidad de Susana, se encargaría ésta de entregarla á los pobres, á los que padecían, para no conservar nada de los bienes emponzoñados que tenían á los Quignon agonizando. Y volviéndose á Pablo, que seguía sentado junto á él, mirándole con ojos que ya empezaban á apagarse, cogiéndole las manos, dijo aún con voz más baja:

—Hay que devolver, hay que devolver. No guardará nada; darás este Parque á los antiguos compañeros, para que sea su recreo en los días de fiesta, y para que sus mujeres y sus hijos se paseen y gocen horas de alegría y de salud bajo los árboles hermosos. Darás también la casa, esta morada inmensa, que no hemos sabido llenar, á pesar de nuestro dinero, y quiero que sea para las mujeres, para los hijos de los obreros pobres. Se les acogerá, se les cuidará cuando estén enfermos ó simplemente cansados. No guardes nada, dalo todo, dalo todo, hijo mío, si te quieres librar del veneno. Y trabaja, vive sólo de tu trabajo, busca la hija de un antiguo compañero que trabaje todavía, hazle tu esposa, ten de ella hijos hermosos que trabajarán, que serán justos y felices, que tendrán otros hijos hermosos, para el eterno trabajo futuro. No guardes nada, hijo mío, devuélvelo todo, es la única salvación, la paz y la alegría.

Todos lloraban; jamás sobre almas humanas había pasado un soplo más bello, más grande, más heroico. Por él la estancia tenía ahora algo de augusta. Y los ojos del anciano, que la había llenado de claridad, seguían apagándose poco á poco, mientras también su voz se hacía más opaca, volvía al eterno silencio. Había cumplido su obra sublime de reparación, de verdad y de justicia, ayudando á la felicidad, que es el derecho primordial de los hombres. Y murió por la tarde.

Quando Susana acompañó á Lucas, al salir de la

habitación del señor Jerónimo, se encontraron solos un instante en el saloncillo. Estaban tan fuera de sí, trastornados por la emoción, que toda el alma les salió á los labios.

—Cuenta usted conmigo—dijo él;—yo le juro que he de velar porque se cumpla la voluntad suprema de que es usted depositaria. Desde ahora mismo voy á ocuparme de ello.

Le había cogido ella las manos.

—¡Oh! amigo mío, en usted pongo mi fe. Sé qué milagros de bondad ha realizado usted ya, y espero el prodigio de que nos reconcilie á todos. No hay más que el amor. ¡Ah, si yo hubiera sido amada como yo amaba!

La veía temblar, entregándole el secreto tanto tiempo ignorado de ella misma y que se le escapaba en aquel instante solemne.

—¡Amigo mío, amigo mío, qué fuerzas hubiera tenido para el bien, cuánto hubiera podido ayudar, yendo del brazo de un justo, de un héroe, del que hubiera hecho mi dios! Pero, irrevocablemente, es muy tarde; de todas suertes, ¿quiere usted tenerme por amiga, por hermana, que podría servirle de algo?

Comprendió él; era el caso tan dulce, tan triste de Sœurette, que se repetía. Le había amado sin decirlo, hasta sin confesárselo á sí misma, cual mujer honrada, ávida de ternura, poniendo en él su sueño de amor dichoso, el consuelo de las crueldades de su matrimonio. El mismo, ¿no la había amado en los lejanos días en que la encontraba en casa de los pobres, donde se habían conocido? Era todo deliciosamente discreto, un amor de ensueño, con que hubiera temido ofenderla, y que guardaba en su corazón, como las flores de un recuerdo encontradas entre dos páginas. Y ahora que Josina era la elegida, ahora que estas cosas estaban muertas, sin resurrección posible, se daba ella como Sœurette, compañera fraternal, simple amiga abnegada, deseosa de participar de su misión, de su empresa.

—¡Sí, la necesito!—exclamó él con lágrimas;—¡ah, si, nunca hay bastante cariño, bastante buena voluntad, tierna y activa! ¡La tarea es tan grande! En

ella podrá usted gastar todo el corazón que quiera. Venga usted con nosotros, amiga mía, ya nunca me dejará, será parte de mi pensamiento y de mi amor.

Arrebatada, loca, se arrojó ella en sus brazos, se besaron. Se ataba un lazo indisoluble, un matrimonio de sentimiento, de una pureza exquisita, en que sólo quedaba la común pasión por los pobres y afligidos, el deseo inextinguible de exterminar la miseria del mundo. Tenía una esposa adorada, fecunda, que le daba los hijos de su carne, é iba á tener dos amigas, dos compañeras con delicadas manos de mujer que le ayudarían en las obras de su espíritu.

Pasaron meses; la liquidación de los asuntos embrollados del Abismo fué muy laboriosa. Había la deuda de seiscientos mil francos de que había que librarse ante todo. Hubo arreglos; los acreedores aceptaron ser reembolsados por anualidades con los beneficios que realizaran las acciones del Abismo, cuando entrase en la asociación de la Crécherie. Hubo que evaluar la suma que representaba el material y la maquinaria salvada del incendio. Esto, con más, extensos terrenos á lo largo del Mionna, hasta el viejo Beauclair, fué lo que aportaron los Boisgelin; y se les aseguró una renta modesta que se sacaría de los beneficios antes de repartirlos entre los acreedores. El deseo de Jerónimo Qurignon sólo se cumplía así á medias, en este período de transición en que el capital aún contribuía con el mismo título que el trabajo y la inteligencia, hasta que desapareciese, ante la victoria del trabajo único y soberano. Pero á lo menos, la Guerdache y la Granja pudieron volver por completo á la comunidad, fueron devueltas totalmente á los herederos de los trabajadores que las habían pagado algún día con su sudor. Incorporadas las tierras de la Granja á la asociación de Combettes, realizando así la idea secreta de Feuillat, prosperaron, dieron grandes ganancias, y todo este dinero se empleó en hacer de la Guerdache una casa de convalecencia para los niños débiles y las recién paridas. Se fundaron camas, hubo pensiones gratuitas, y el Parque, siempre florido, pertenecía ahora á los humildes de este mundo; jardín inmenso, paraíso, recreo de los

niños, salud de las madres, palacio de placer del pueblo con que la Naturaleza convidaba á todos.

Pasaron años. Lucas había cedido á los Boisgelin una de las casitas de la Crécherie, á poca distancia del pabellón, que él seguía ocupando. Los primeros tiempos de esta existencia mediocre fueron muy duros para Boisgelin, que no se resignó sin violentas rebeldías. Un momento, quiso volverse á París, vivir allí á su antojo, al azar. Pero su ociosidad nativa, el no poder ganarse la vida, le hacían débil como un niño y le entregaban en manos de cualquiera. Después de los desastres, Susana, tan juiciosa, tan suave, pero tan firme, tenía sobre él una autoridad absoluta. Llegó la pereza á pesarle de tal modo, en aquel mundo activo, que quiso una ocupación. Se cansaba de no hacer nada, aburrido, avergonzado, no pudiendo ya emplearse en malgastar una fortuna. Aún, en invierno, cazaba; pero el buen tiempo, fuera de algunos paseos á caballo, era el tedio abrumador. Aceptó, pues, una inspección en los Almacenes Generales que le ofreció Lucas, por indicación de Susana. Eran tres horas de ocupación al día. Recobró un tanto la salud perdida, pero seguía inquieto, aburrido, desorientado, como si hubiera caído en otro planeta.

Y pasaron más años. Susana ya era la amiga, la hermana de Josina y de Sœurette, compañera de sus faenas. Las tres rodeaban á Lucas, le sostenían, le completaban, eran como su bondad, su ternura, su amabilidad. Las llamaba, sonriendo, sus tres virtudes. Trabajaban junto á las cunas de los asilos, en las escuelas, en las enfermerías, en las casas de convalecencia; iban doquiera había que aliviar algún dolor ó hacer nacer alguna alegría. Sœurette y Susana, sobre todo, aceptaban, ambicionaban los más ingratos trabajos, los que exigen abnegación personal, completo renunciamiento; Josina era de sus hijos, de su hogar, y algo menos de los otros. Mas era la enamorada, la flor de belleza y de deseo, mientras Sœurette y Susana no eran más que las amigas, el consuelo, el consejo. Grandes amarguras pasó Lucas todavía, á veces; y al dejar los brazos de la esposa, solía buscar á las amigas, á quien oía, á quien encargaba de curar las heridas;

por la mujer, y para la mujer, la nueva ciudad había de ser fundada.

Habían pasado ocho años ya, cuando Pablo Boisgelin, que cumplía veintisiete, se casó con la hija mayor del obrero Bonnaire, la cual tenía veinticuatro. Pablo, desde que se habían juntado las tierras de la Guerdache con las de Combettes, se había apasionado, no por la ganancia, sino por la fertilidad de los campos. Había conocido á Antonieta en casa de Susana, su madre, vecina de los Bonnaire. Estrecha amistad enlazó á la humilde familia de obreros con la antigua heredera de los Qurignon, y aunque la señora Bonnaire, la terrible Pelos, seguía siendo poco tratable, bastó la sencilla nobleza del marido, el héroe del trabajo, para hacer las relaciones íntimas. Antonieta parecía á su padre, fuerte y gallarda morena, con mucha gracia, había asistido á las escuelas de Sœurette y la ayudaba ahora en la gran lechería instalada al extremo del Parque, en la falda de los Montes Bleuses. Decía ella que no era más que una vaquera hábil para hacer quesos y manteca. Cuando la boda, hubo gran fiesta, se celebraron estas nupcias simbólicas porque representaban la reconciliación del capital arrepentido y del trabajo triunfante.

Al año siguiente, cuando Antonieta dió á luz, los Boisgelin, acompañados de Lucas, estaban cierta tarde tibia de Junio reunidos en la Guerdache. Cerca de diez años hacía que había muerto el señor Jerónimo y que, según su voluntad, el dominio había vuelto al pueblo. Antonieta, cuyo parto había sido difícil, estaba hacía dos meses de pensionista en la casa de convalecencia, instalada en el antiguo palacio de los Qurignon. Pudo pasear por las umbrías del Parque, del brazo de su marido, mientras Susana, como buena abuela, llevaba el recién nacido. Detrás, á algunos pasos, iban Lucas y Boisgelin. ¡Y qué recuerdos brotaban de aquella regia mansión transformada en casa de fraternidad, de aquellos prados y arboledas donde ya no resonaban el ruido de las fiestas dispendiosas, el galope de los caballos, los ladridos de los perros, pero donde los humildes de este mundo gozaban al fin de la salud al aire libre de la apacible sombra de

los grandes árboles! Todo el lujo era suyo; dentro de las claras alcobas, los salones agradables, las abundantes cocinas; fuera, las calles de árboles sombrías, las fuentes cristalinas, los encañados de flores embalsamadas y de césped. Y daba gloria ver á niños, jóvenes y madres, llamados de pronto á esta alegría, á este lujo de ser dichosos después de haber sufrido siglos y siglos encerrados en cubiles sin sol, entre inmunda miseria, sin poder más que mirar de lejos toda aquella ventura. Al llegar á una charca, la pareja, seguida de los padres, al final de una fila de sauces, Lucas rió suavemente.

—¡Oh, amigos míos, si viérais qué recuerdo! ¿Lo dudáis? A orillas de estas aguas tan tranquilas se hicieron novios Pablo y Antonieta hace veinte años.

Recordó la escena deliciosa que allí había visto cuando su primera visita á la Guerdache: la invasión popular de los tres pobres pilluelos, Nanet guiando á Luciano y Antonieta Bonnaire, atravesando un seto, para jugar junto á la charca; la invención ingeniosa de Luciano, el barco que navegaba solo, y la llegada de los tres niños burgueses, Pablo Boisgelin, Nisa Delaveau, Luisa Mazelle. Pronto habían fraternizado formando parejas, ya novios, Pablo y Antonieta, Nisa y Nanet, Luisa y Luciano, y la Naturaleza cómplice.

—¿No os acordáis?

El matrimonio, que reía con él, confesó que el recuerdo era un poco lejano.

—Si yo tenía cuatro años—dijo Antonieta,—mi memoria no debía de ser muy firme.

Pero Pablo hacía un esfuerzo muy atento al pasado.

—Yo tenía siete. ¡Esperad! Me parece que vuelvo á ver sombras vagas, el barco que recogíamos con una vara larga; una niña que por poco cae al agua; y luego los pilletes que echan á correr al ver gente.

—¡Eso es! ¡Eso es!—exclamó Lucas.—¡Sí, se acuerda usted! Y yo recuerdo que aquel día tuve el escalofrío de la esperanza en el porvenir, pues había allí algo de la reconciliación futura. La divina infancia ya trabajaba por la paz y la justicia. Y aquí tenéis;

lo que vosotros vais á hacer por la nueva dicha, este caballero está encargado de ampliarlo todavía.

Y señalaba al recién nacido, á Ludovico, en brazos de Susana, tan contenta con ser abuela, y dijo ésta:

—Por lo pronto, ya es muy juicioso, porque duerme. Más adelante, querido Lucas, le casaremos con una nieta de usted, y así será la reconciliación completa; todos los combatientes de ayer unidos y aplacados en su descendencia; ¿quiere usted? Desde hoy quedan celebrados los esponsales.

—¡Vaya si quiero! Nuestros biznietos activarán nuestra obra cogidos de la mano.

Pablo y Antonieta, conmovidos, se habían abrazado, mientras Boisgelin, que no atendía, contemplaba el Parque, su antiguo señorío, con aire triste en que ni amargura había; tanto mundo nuevo le trastornaba, le hacía imbécil. Y continuó por las umbrías el plácido paseo.

Pero el porvenir se iba realizando un poco más cada día. Al volver á la Guerdache se detuvieron un momento, ante la fachada, á la izquierda de la escalinata, bajo las ventanas de la estancia en que el señor Jerónimo había muerto. Desde allí, entre las copas de los grandes árboles se distinguían á lo lejos los tejados de Beauclair, después la Crécherie y el Abismo, reconstruido por el modelo de la Crécherie, formando con ella una misma ciudad de trabajo reorganizado, ennoblecido, que era ya orgullo, salud, alegría. Cada mañana nacían más amor y justicia. Y la ola de las casitas risueñas entre el verdor, aquella ola que Delaveau, alarmado, había visto avanzar siempre, acababa de invadir los antiguos terrenos negros, ensanchando sin cesar la ciudad futura. Ahora llenaban todo el espacio, desde la falda de los Montes Bleus hasta el Mionna; pronto iban á saltar la estrecha corriente, para barrer al viejo Beauclair, el montón sórdido de casuchas de servidumbre y agonía. Y seguían avanzando más y más, construyendo piedra á piedra, bajo el sol fraternal, hasta los campos fértiles de la Rumaña, la ciudad al fin libre, justa y feliz.

nueva religión de la humanidad. En su hogar por el amor ya había borrado en los años que siguieron el recuerdo del Abismo. Lucas se había comprado un caballo y un coche para ir á visitar á sus amigos y á sus parientes que habitaban en las aldeas de la zona.

II

Mientras la evolución llevaba á Beauclair á su nuevo destino, el amor intervenía con fuerza irresistible, joven, alegre, victorioso; por todas partes matrimonios que acercaban las clases y traían más pronto la armonía, la paz final. El amor destruía los obstáculos, apasionado de la vida, alegre á la luz del sol en la dicha de ser, de engendrar más cada día.

Lucas y Josina habían dado el ejemplo. En seis años tres hijas y dos hijos. El mayor, Hilario, nacido antes de la ruina del Abismo, ya tenía once años. Cada dos, venían los demás: Carlos, de nueve, Teresa, de siete; Paulina, de cinco; Julio, de tres. Jugaban, reían y esperaban el porvenir en el antiguo pabellón que se había ensanchado. Como Lucas decía á Josina, su cariño constante lo mantenía aquella fecundidad, que era un triunfo: á cada hijo, era más suya. La antigua amante por quien había luchado, héroe conquistador, hacía lugar hoy á la madre, rodeada de sus hijos en aquel hogar porque combatía ahora Lucas, dominador pacífico. Pero aun así, el amor no envejeció, seguían siendo amantes, vivía la llama eterna, alimento del mundo. Ningún hogar tan alegre, lleno de niños y flores. Si Josina recordaba el triste pasado, la caída que la amenazó, era para arrojarle al cuello de Lucas con gratitud inagotable, mientras él, conmovido, la quería más, por haberla salvado. Se amaban, pero también decían:

—Hay que amar á los demás como nos amamos, la misma llama junto á todos los seres; nuestra dicha de amantes y de esposos, no podría durar más que en la dicha de todos. Divino amor, pues nada puede vivir sin ti, ayúdanos á acabar nuestra obra, inflama los corazones, haz que todas las parejas de la ciudad amen y engendren, en la universal dilección que debe unirnos á todos.

Esta era la que llamaban, riendo, la oración de la